

El carisma del Carmelo

(Síntesis)



I. Contexto histórico de la Orden del Carmen

1. El carisma peculiar del Carmelo

En el origen de nuestra Orden, está un designio divino que por su desarrollo histórico la hace peculiar entre las demás grandes Órdenes religiosas de la Iglesia. La Orden del Carmen no ha reconocido a un fundador, a semejanza de otras órdenes religiosas como los franciscanos, dominicos, benedictinos... A ellos se les pudiera aplicar lo que nos dice san Juan de la Cruz respecto a sus fundadores, estos son elevados a tal estado espiritual, “cuya virtud y espíritu se había de difundir en la sucesión de sus hijos, dando Dios la riqueza y valor a las cabezas en las primicias del espíritu, según la mayor o menor sucesión que había de tener su doctrina y espíritu”

(Ll 2,12). Se debe ahondar tanto en la vida de los fundadores como el contexto histórico, para ir adaptando adecuadamente este carisma en los distintos tiempos y lugares.

En cambio, en el Carmelo, no tenemos a un fundador para investigar qué tipo de carisma encarnó para irlo adaptando a cada momento histórico. Sino que deberíamos observar con minuciosidad qué frutos ha producido la acción del Espíritu Santo en los carmelitas que han sido fieles a su acción, entre otros a los que la Iglesia ha reconocido oficialmente su santidad.

Si seguimos paso a paso la investigación realizada por el P. Nilo Geagea sobre la devoción a la Virgen del Carmelo, durante los tres primeros siglos de su historia, constatamos que el carisma va tomando fisonomía muy lentamente pero progresivamente, se pudiera decir que el Carmelo es un carisma abierto. A la pregunta ¿cuál es el carisma del Carmelo?, se podría responder de forma análoga a como Dios respondió a Moisés cuando le preguntó por su nombre “Yo soy el que soy” (Ex 3, 14). Es una respuesta dinámica, puesto que el verbo en hebreo incluye el pasado, el presente y el futuro: Él era-es-será¹. En su actuar Dios se irá mostrando quien es pero siempre desde una presencia salvadora.

El carisma del Carmelo es dinámico a medida que la Iglesia debe afrontar graves retos, el Espíritu suscita nuevas virtualidades en la Orden del Carmen. A pesar de ello en el carisma se dan unas constantes que están vinculadas a cuatro realidades, el tiempo histórico, la Regla esencialmente cristocéntrica, María que preside el oratorio y la localización del eremitorio junto a la fuente de Elías.

¹ Cf. Biblia, *Fundació Bíblica catalana*, nota a Ex 3, 14, pág. 87.

2. Contexto histórico en el que nace la Orden del Carmen



Conocer el tiempo histórico en el que el Espíritu de Dios donó a la Iglesia el carisma de la Orden del Carmen es importante, para saber interpretar los signos de los tiempos y darle una respuesta adecuada.

El marco histórico es el fracaso de una gran empresa de la cristiandad medieval, es decir las Cruzadas. La conquista de Jerusalén por los Seléucidas y su hostilidad manifiesta contra los

cristianos que de forma directa amenazaba Constantinopla, y dificultaba las peregrinaciones a los Santos Lugares. El emperador de Constantinopla pidió ayuda al papa Urbano II, quien en los sínodos de Plasencia y Clermont en 1095 consiguió despertar un encendido entusiasmo para proteger la Iglesia de Oriente y conquistar los Santos Lugares.

Si la primera cruzada fue en parte un éxito y se pudo reconquistar amplios territorios de Palestina e instaurar varios estados feudales cristianos, entre ellos el de Jerusalén. Pero estos estados fueron desapareciendo uno tras otro.

La segunda cruzada predicada por san Bernardo por orden del Papa, fue un rotundo fracaso. La causa del fracaso—decía— hay que buscarla en los crímenes y pecados de los expedicionarios”².

Con la tercera cruzada se pudo reconquistar la ciudad de Acre, y el Monte Carmelo pudo ser un lugar seguro, pues estaba protegido por las fortificaciones del Reino Latino. Es después de la tercera cruzada, cuando tiene lugar el origen histórico de la Orden del Carmen.

2.¿Quiénes eran los primeros carmelitas?

² R. GARCÍA VILLOSLADA, S. I., Historia de la Iglesia Católica, II, Ed. Cristiandad, Madrid 1953.



Los papas no dejaban de hacer llamamientos a la cristiandad para que fueran a defender la heredad del Señor. Algunos laicos de Europa sintieron este llamamiento del Papa como un llamamiento del Señor que les impulsaba a ir a Tierra Santa.

Los primeros carmelitas eran un grupo indeterminado de laicos, (penitentes, eremitas y peregrinos) que se sintieron llamados a luchar no con las armas físicas como los cruzados, sino a través de las armas espirituales. «El peregrino y el cruzado “seguían a Cristo” en el sentido literal y físico de los tiempos feudales, consagrando alma y cuerpo al servicio de su Señor, dispuestos a dar la vida por establecer y defender su patrimonio en un territorio concreto»³. Posiblemente algunos de estos penitentes, eremitas y peregrinos habían realizado el voto que incluía, a veces, el permanecer de por vida en Tierra Santa.

³ Pedro ORTEGA GARCÍA, *Historia del Carmelo Teresiano*, Ed. Monte Carmelo, Burgos 1996, 14.

Con ello vemos que los primeros eremitas son cristianos laicos que cumplieron el voto de trasladarse hasta Tierra Santa, donde unidos pretenden permanecer en común el resto de su vida, para prestar un servicio personal a Cristo (*vivere in obsequio Iesu Christi*). Eran hombres valientes y fieles a su Señor, que buscaban el mejor modo de servirlo con una fidelidad hasta la muerte.

II. La Regla de san Alberto



1. La *Regla de vida* transparenta a su legislador

Alberto de la familia de los Avogadro, era un hombre de paz, que al mismo tiempo destacaba como legislador y gran canonista. Los Canónigos Regulares del Santo Sepulcro lo postularon como patriarca de Jerusalén. Decisión que Inocencio III ratificó y le pidió a Alberto que aceptara. Inocencio III escribió al episcopado de Tierra Santa para anunciarles que les enviaba como legado suyo a Alberto, «varón probado, discreto y prudente». Al no poder tomar posesión de la sede de Jerusalén pues estaba ocupada por los sarracenos, puso

su residencia en la ciudad de san Juan de Acre, en la misma bahía de Haifa en la que se asomaba al bíblico Monte Carmelo.

En un momento determinado estos eremitas latinos deciden tener una organización más sólida por ello se dirigen al patriarca, como representante del papa en Tierra Santa, a fin de que les redacte y apruebe unas ciertas normas de vida, mediante la cual puedan ajustarse y reglamentar la vida en común. Esta petición es aceptada y obtienen de Alberto, patriarca de Jerusalén, una norma de vida según su *propositum*. Es decir una “fórmula de vida adecuada a vuestro proyecto común y a la que deberéis ser fieles en el futuro” (art 3).

La *Norma de vida* que redactará para los eremitas latinos del Monte Carmelo no depende de ninguna otra Regla u otra legislación precedente, como sería la Regla de san Basilio, de san Benito o de san Agustín. Ninguna de ellas puede ser considerada como la fuente de la misma. Es una Regla original que tiene además la impronta personal de su legislador.

Alberto era un hombre de paz y de una profunda vida interior impregnada por la Palabra de Dios, ello queda incrustado en el sustrato de la Regla. Esta también se caracteriza por la prudencia, por la moderación pero también por la radicalidad. Toda la Regla está orientada hacia la continua oración, y a la meditación de la Palabra de Dios, en un clima de silencio que favorezca el trato con Dios, es decir tiene una orientación vertical, hacia Dios, a través de la oración contemplativa.

Las Sagradas Escrituras celebran la belleza del Carmelo, donde el profeta Elías defendió la pureza de la fe de Israel en el Dios vivo.

Cerca de la fuente de Elías, en el siglo XIII, se establecieron unos ermitaños llamados latinos por proceder de Occidente. Estos, entre los años 1206-1214, pidieron a Alberto, Patriarca de Jerusalén, que les diera «una fórmula de vida adecuada a vuestro proyecto común y a la que deberéis ser fieles en el futuro» (n. 3).

Esta «fórmula de vida» que más tarde adquirirá el carácter jurídico de «regla»⁴, prescribe en primer lugar «vivir en obsequio de Jesucristo, y servirle fielmente, con corazón puro y buena conciencia» (n. 2).

La Regla es dada por Alberto a los eremitas en un período que va desde 1206 a 1214. Es decir, desde el año en el que Alberto llega a san Juan de Acre en 1206 hasta 1214 en que es asesinado.

Una Regla de vida profética

La Regla dada por san Alberto contemplada desde su contexto histórico vemos que es una contestación profética a la Iglesia y a la sociedad cristiana de Tierra Santa de su tiempo. Es decir, es la antítesis de los pecados de los cruzados que impedían alcanzar la victoria. La primera de las causas eran las constantes rencillas entre los líderes cristianos, a ello se oponía que ellos eligieran un prior con el consentimiento unánime de la parte más sana, y luego le prometieran obediencia y la observaran de verdad. A la avaricia y el saqueo por donde pasaban los cruzados, a ello oponía la abdicación de la propiedad, todo debía ser común y se debía dar a cada uno

⁴ En el presente escrito usaremos el término «Regla» para designar la «fórmula de vida» dada por Alberto, Patriarca de Jerusalén, para facilitar la exposición.

según sus necesidades y edad (art. 4, 12), a ejemplo de la primera comunidad cristiana de Jerusalén (Hch 2, 44-45). A la desfloración de las vírgenes por los cruzados, a los eremitas los invitaba a ceñirse el cingulo de la castidad desde la raíz, procurando los pensamientos santos que estos les guardarán (art. 19).

En la búsqueda de cómo conseguir ser agradable a Dios, de modo que fueran escuchadas sus oraciones y las de toda la cristiandad, la principal recomendación será la lectura y meditación constante de la Palabra de Dios, para que “toda cosa que debáis hacer, hacedla según la palabra del Señor” (art. 19). Y si hay abusos se deben corregir con caridad las faltas de los hermanos siempre que sea necesario (art. 15). Los domingos se deben reunir para tratar de la observancia de la vida común y el bien espiritual de sus almas (art 15). Cada día deben fortalecerse como comunidad en la participación juntos en la sagrada Eucaristía.

La Regla los prepara para la lucha

El carisma del Carmelo es un carisma contemplativo, no para *vacare in Dio*, sino que es un carisma de lucha espiritual por Dios. Lo fue en el origen del Carmelo ante el islam, lo fue en tiempo de santa Teresa de Jesús ante la reforma protestante, lo fue en tiempo del beato Francisco Palau ante el liberalismo, lo fue en tiempo de santa Teresa de Lisieux ante la muerte de Dios, lo fue en tiempo de santa Maravillas de Jesús ante el odio a Dios durante la Guerra Civil española, lo fue en tiempo de Edith Stein y Tito Brandsma ante el nazismo.

Ante aquella situación de fracaso reiterado de la empresa de las Cruzadas, el Patriarca Alberto les insta a los eremitas latinos a luchar con armas espirituales contra el verdadero enemigo de los cristianos y de todo ser humano, es decir contra el espíritu del mal. En primer lugar para que ellos no sucumban al espíritu del mal ni a sus seducciones, por ello les dirá, “con toda diligencia procurad vestiros la armadura de Dios, para que podáis resistir las asechanzas del enemigo” (art 18).

Pero no es una protección sólo para su salvación individual, sino que ellos están en Tierra Santa para servir a su Señor, y conseguir que se lleve a término la empresa colectiva de la Cristiandad, que es la liberación de los Santos Lugares.

Las armas espirituales que les enumera el Patriarca Alberto son para protegerse del espíritu del mal, sólo cubre la parte delantera “la coraza, el escudo, el yelmo”, puesto que es la batalla que deben librar contra el espíritu del mal es una lucha que para alcanzar la victoria la deben llevar a cabo de forma colectiva.

Es una lucha que sabe que la victoria sólo puede venir de Dios, y sólo del Señor deben esperar la tan ansiada victoria, ya que sólo Él puede salvar al pueblo cristiano de sus pecados (art. 19). Es una lucha sin cuartel realizada desde el silencio y la esperanza (art. 21). La victoria la deben esperar del Señor, que la dará cuando los tiempos sean fecundos, por ello la deben esperar. Puesto que “en el silencio y en la esperanza estará vuestra fortaleza” (art. 21).

Porque Alberto, hombre santo y profundamente lúcido, sabe que la victoria aunque tarde llegará (cf. Hab 2,3), por ello debe

alentar a los ermitaños a la esperanza y sólo podrán vislumbrar de lejos esta victoria, como Moisés en el monte Nebo.

Esta victoria contra el espíritu del mal es verdaderamente ardua, pero con la fuerza del Espíritu se debe librar en cada época histórica en la que el espíritu del mal aprovecha todo tipo de circunstancias personales, pero ante todo colectivas para promover a través de los mismos hombres el hacer desaparecer de la faz de la tierra tanto el pueblo judío como el cristiano. Ello está en la misma esencia del islam, este llevado a término en su último estadio, debe poner a los cristianos y judíos ante el dilema de la conversión al islam o la muerte⁵.

Teresa de Jesús lucha por la fe católica en la Iglesia, El contexto en el cual surgirá la reforma teresiana es uno de los momentos más críticos de la Iglesia católica en toda su historia. Los ejércitos de Felipe II no sólo no detienen el avance protestante, sino que agravaban la situación. Por ello dirá Teresa de Jesús: “nos ha de valer el brazo eclesiástico y no el seglar” (C 3,2). Ante esta situación, no sin luz del Espíritu Santo, su respuesta será: *“procuremos ser tales que valgan nuestras oraciones para ayudar a estos siervos de Dios, que con tanto trabajo se han fortalecido con letras y buena vida y trabajado para ayudar ahora al Señor. Y si en esto podemos algo con Dios, estando encerradas peleamos por Él, y daré yo por*

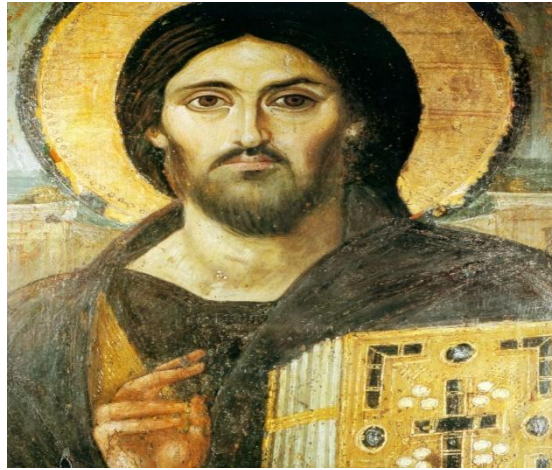
⁵ Dice el Corán “Cuando hayan transcurrido los meses sagrados, matad a los asociadores [cristianos] dondequiera que les encontréis. ¡Capturadles! ¡Sitiadles! ¡Tendedles emboscadas por todas partes! (su 9, 5).”*Matadlos hasta que la persecución no exista y esté en su lugar la religión debida solo a Allah*” (su 2,189/193). La paz sólo puede venir con la rendición y la sumisión a Allah.

muy bien empleados los trabajos que he pasado por hacer este rincón” (C 3, 2.5).

El beato Francisco Palau vivirá con gran lucidez esta lucha del carmelita contra el espíritu del mal. Como prescribe la Regla, toma las armas espirituales para luchar del modo más eficaz contra el espíritu del mal, de modo que alcance de Dios el perdón de los pecados de su pueblo, y su misericordia.

Cuando los eremitas latinos se establecieron en el wadi Es-siah del Monte Carmelo, para vivir una vida de oración, poco podían imaginar, que ellos, unos hombres sencillos sin ansias de posteridad ni grandes proyectos de futuro, que sólo quieren vivir al día una vida de soledad en unión íntima con Dios bajo la inspiración del profeta y en los mismos escenarios en los cuales él vivió, con un sincero amor a la Virgen María, pudieran dar a la Iglesia grandes santos y dar origen a una de las empresas espirituales más sugestivas de la historia humana.

III. Dimensión Cristocéntrica



La vida de todo cristiano es seguimiento de Jesús, porque Él es «el camino, la verdad y la vida» (Jn 14,6). La vida religiosa según el derecho Canónico «es seguimiento más de cerca a Cristo bajo la acción del Espíritu Santo» (can. 573). El Concilio así lo había definido: «La norma última de la vida religiosa es el seguimiento de Cristo, tal como se propone en el Evangelio, ésa ha de tenerse por todos los institutos como regla suprema» (PC 2, a).

Ello nos lo recuerda san Alberto, Patriarca de Jerusalén, en el inicio de la Regla que nos ha legado: «Cualquiera que sea la Orden a que pertenezca o el modo de vida religiosa que hubiere elegido, haya de vivir en obsequio de Jesucristo, y servirle fielmente, con corazón puro y buena conciencia» (n. 2).

Cristo da sentido y plenitud a toda la vida del carmelita. En el contexto de la sociedad medieval, «vivir en obsequio de Cristo» significaba una situación de vasallaje respecto a su Señor. Jesús es el Señor de Tierra Santa, «feudo conquistado con su sangre, territorio sobre el que Él ejercía un poder indiscutible de “patrón” soberano»⁶.

⁶ N. GEAGEA, *María Madre y Reina del Carmelo. La devoción a la Virgen del Carmelo, durante los tres primeros siglos de su historia*, (Col. Estudios M. Carmelo n. 11). Ed. Monte Carmelo, Burgos 1989, 503.

Los ermitaños latinos del Monte Carmelo, porción del feudo de Cristo, se propusieron una finalidad cristológica al vivir «in obsequio Iesu Christi», a modo de vasallos ante su «patrón» y reconociendo a Jesucristo como el «Señor del lugar». De este modo, los ermitaños que se habían enrolado al servicio del Señor Jesús le consagraban totalmente sus vidas. Él era el centro de su meditación, de la liturgia, su razón de ser y de existir.

Los ermitaños latinos del Monte Carmelo, porción del feudo de Cristo, se propusieron una finalidad cristológica, vivir «in obsequio Iesu Christi», a modo de vasallos ante su «patrón» y reconociendo a Jesucristo, como el «Señor del lugar». De este modo, los ermitaños que se habían enrolado al servicio del Señor Jesús, le consagraban totalmente sus vidas. Él era el centro de su meditación, de la liturgia, de su razón de ser y de existir.

Toda la Regla está penetrada de la persona de Jesús: «Meditar día y noche en la ley del Señor y velando en oración» (n. 10). Cada día se reúnen para celebrar la Eucaristía (n. 14). Rezar las horas canónicas o la oración del Padrenuestro (n. 11). El ayuno que debían observar está regido por los misterios de la vida del Señor «Desde la fiesta de la Exaltación de la santa Cruz, hasta el día de la Resurrección del Señor, ayunaréis todos los días, excepto los domingos» (n. 16).

IV. Dimensión Mariana



1. La Virgen María en el origen de la Orden del Carmen

La Regla también prescribe: «El oratorio, en cuanto cómodamente pueda hacerse, se construirá en medio de las celdas y allí os reuniréis de mañana todos los días para oír la santa misa, donde buenamente pueda hacerse» (n. 14).

La elección de un titular de la iglesia comportaba una orientación espiritual, «ya que en la concepción feudal entonces reinante el que estaba al servicio de la iglesia estaba al servicio del santo al cual la iglesia estaba dedicada. Y entiéndase bien, en todo su valor, la palabra “servicio” (en latín *servitium* o también *obsequium*): significaba la *traditio personae*, es decir, ponerse completamente a disposición, consagración personal ratificada con juramento, y más cuando esto estaba sancionado con la profesión religiosa»⁷.

La Regla dejaba libertad a los eremitas para escoger el titular del oratorio que desearan. En el mismo Monte Carmelo existía una

⁷L. SAGGI “Santa María del Monte Carmelo” en *Santos del Carmelo*, L. Carmelitana, Ed. de Espiritualidad, Madrid 1972, 156.

abadía llamada de santa Margarita. Estos eremitas habrían podido escoger a cualquier santo, incluso al profeta Elías, como titular de su oratorio. Pero decidieron que la capilla fuera presidida por la Virgen María. Esta decisión tuvo para su vida y para el futuro de la Orden una importancia singular y decisiva que orientó la vida de los carmelitas, ya que marcará el carácter mariano de la Orden desde sus orígenes.

Sabemos que esta capilla estaba edificada a los pocos años. Así nos lo atestigua un itinerario de peregrinos titulado *La Citez de Jerusalem*, compuesto entre los años 1220-29, que describe así la montaña del Carmelo: «En la ladera de esta misma montaña hay un lugar muy bello y deleitoso, donde habitan unos ermitaños latinos llamados frailes del Carmen, donde hay una iglesia dedicada a Nuestra Señora»⁸. De esta pequeña iglesia dedicada a la Virgen tomaron los religiosos el nombre de “Hermanos de la Bienaventurada Virgen del Monte Carmelo”. De este modo la primera iglesia se convertiría en la iglesia-madre de la futura Orden del Carmen.

Como hemos visto, la dedicación de la capilla a la Virgen María no fue una prescripción legal, sino un hecho de vida. El amor y la devoción que estos ermitaños profesaban a la Virgen María les movió a dedicarle su primera iglesia. Este hecho, en la mentalidad feudal significaba que se establecían unos lazos de vasallaje espiritual, ellos y todo lo suyo pertenecían a la Virgen María, como Dueña del lugar y de sus moradores. A su vez, ellos quedaban

⁸ Citado por A. M. FORCADELL, O. Carm, *La fiesta del Carmen, Historia y liturgia*, Amacar, Onda 1985, 32-33.

consagrados a la Virgen, se ponían a su total servicio y se comprometían a honrarla, confiando en que Ella los protegería como a cosa suya y se preocuparía vivamente de sus intereses.

De este modo, conscientes o no de ello, estos ermitaños latinos cumplían un sentido alegórico de las Sagradas Escrituras. El pasaje del profeta Isaías: «Le ha sido dado el esplendor del Carmelo» (Is 35,2), que la liturgia atribuye a la Madre de Jesús. Estos hermanos carmelitas harían posible que una porción del territorio de Palestina, que pertenecía todo él a Jesucristo por derecho de herencia y de conquista, fuera dado a su Madre, de modo que la Orden del Carmen y cada uno de sus miembros sería posesión personal tanto de Jesucristo el Señor como de María, su Santa Madre. Ambos, Jesucristo y la Virgen María, protegerían a la Orden del Carmen y a los carmelitas, y estos estarían para siempre a su servicio personal, hasta el grado de convertirse en el «santuario más íntimo que la Iglesia tiene», como siglos más tarde definiría el Carmelo Edith Stein.